



PASAREMOS

Organo de la 11 División

AÑO III

10 DE FEBRERO DE 1938

NÚMERO 72

11 DIVISION, SALUD



Siento profunda emoción al escribir estas líneas para despedirme de vosotros, bravos combatientes de la 11 División.

Hubiera querido, como en Toledo y en la defensa de Madrid, como en Guadalajara y Brunete, como en el Sur del Tajo, Belchite y Teruel, estar a vuestro lado, hasta conquistar definitivamente la victoria; pero esto no es posible: una disposición del Gobierno me obliga a dejaros, y yo obedezco, como es mi deber. Con vosotros, queridos soldados de la 11 División,

me he sentido siempre orgulloso y contento, porque sois ejemplo de heroísmo y de moral de combate.

A tu lado, querido Enrique, aprendí a estar sereno y firme aun en los momentos de más peligro, a afrontar las situaciones más difíciles con audacia y valor.

Los diez y seis meses de guerra que llevo a vuestro lado han sido para mí una escuela. Hoy pienso en los héroes de la División que, como Polanco, Pando, Sánchez, Cruz, Valverde, Antonia Portero, Cordovilla y

tantos otros, han sido ejemplo para todos, y que su heroísmo inunda hoy las filas de la 11 División. El Ejército Popular tiene una División gloriosa que siempre está dispuesta a entrar en combate; esta División es la 11. Sus jefes, igual los militares que los políticos, se confunden; sus hombres son de acero, forjados en las más grandes batallas; tienen una conciencia política y una disciplina tan férrea, y esto les permite triunfar. Con esta División el pueblo de Madrid y todo el pueblo español y el Gobierno se sienten orgullosos. Vosotros podéis estar orgullosos también; yo lo estoy por haber sido vuestro comisario, y nunca os olvidaré. Pero este orgullo natural y justo nunca nos hará perder la cabeza ni a mí ni a vosotros; sabemos que la guerra es dura y que nos restan días difíciles, pero que la ganaremos seguro.

Yo me voy de comisario a otra unidad del Ejército, donde me ha designado el Mando; los comisarios somos siempre disciplinados y obedientes a las órdenes superiores. Hemos ayu-

dado a crear un Ejército también disciplinado y fuerte y con una conciencia revolucionaria, como el Ejército que conquistó Teruel; éste es el orgullo mayor del Cuerpo de comisarios. Yo trabajaré donde vaya con entusiasmo y fe, y procuraré superarme. Me siento contento por el cariño que todos me habéis demostrado. Con vosotros, de comisario de la División, queda el camarada Fusimaña, viejo luchador y veterano en el Cuerpo de comisarios. Tengo la seguridad que su trabajo superará al mío; él sabe cómo hay que cuidar a los soldados y cómo hay que educarlos: será un buen comisario de la 11 División.

Yo sólo os recuerdo una cosa: reforzad cada día más la unidad que existe en la 11 División; especialmente los comisarios, trabajad cada día más, educad a los nuevos soldados; cuidad los jefes que la 11 División sea ejemplo siempre en el Ejército Popular, que la gloria alcanzada en las grandes batallas sea cada vez mayor.

Un abrazo a todos.

El Teniente Coronel Lister y el comisario Santiago ayudan a



los campesinos en las faenas agrícolas.

Ayuntamiento de Madrid

Palabras de Lister

ROOSEVELT

Mister Roosevelt. He aquí otro amigo y defensor de la razón de nuestra causa. Mientras una corriente marcadamente fascista sopla sobre la Europa semidormida, envolviéndola en el sobreogimiento que le producen las bravuconadas imprudentes de Hitler y Mussolini, mister Roosevelt hace frente a esa corriente y se dispone a impedir que su veneno prenda en el pueblo de su



nación. Exactamente igual que hacen nuestras amigas y hermanas Rusia y Méjico. Norteamérica, donde, no obstante, el ambiente no es todo lo abonado que se necesita para una ayuda abierta a nuestro Gobierno, comprende de hecho la razón de nuestras bayonetas y se halla totalmente solidarizada con nuestro pueblo. Esto sucede en parte principalísima por la labor de propaganda antifascista. Ultimamente se ha dado a conocer con carácter oficial un proyecto suyo, según el cual Roosevelt se dispone a solicitar del Parlamento de su país autorización para contrarrestar la propaganda y los manejos fascistas en Sudamérica, para lo cual tiene el empeño de instalar una potente emisora de radio oficial.

Iban a comenzar las operaciones de Teruel. La 11 División, la División que Santiago políticamente forjó, tomaría parte en la contienda para reconquistar la plaza que el enemigo retenía traidoramente. Y él, Santiago, comisario ya de otra unidad militar de nuestro gran Ejército Popular, quiso asistir.

• El enemigo disparaba sus baterías sobre el cerro donde se hallaba nuestro puesto de

«El Gobierno ha considerado que la capacidad, la experiencia de Santiago era necesaria en otro lugar»

Santiago Álvarez, el comisario de la 11 División, el comisario de todos los combatientes de la 11 División, ha recibido la orden de trasladarse a la 144 Brigada; el Gobierno ha considerado que la capacidad, la experiencia de Santiago era necesaria en otro lugar, y Santiago va a ocupar el puesto que el Gobierno del Frente Popular le designa.

Muchos meses llevamos juntos; le conocí en el mes de octubre del 36, cuando se organizó la Primera Brigada Mixta; él era comisario del Batallón Gallego; en los duros

combates de Seseña le vi, al lado de Iglesias, sereno al frente de sus hombres; en Villaverde, en los días difíciles de la defensa de Madrid, pasa a comisario de Brigada, y allí mismo, poco después, a comisario de la 11 División, y unos días después, cuando el enemigo ataca por el Jarama, Santiago causa la admiración de todos los combatientes por su capacidad y por su valor; pero donde esta capacidad y este valor recibieron la prueba mayor fué unas semanas más tarde, en Guadalajara; allí el comisario Santiago, al mismo

tiempo que escribía docenas de manifiestos, que se tiraban sobre el campo enemigo por centenares de miles, se preocupaba de que a los soldados no les faltara café y coñac para combatir el frío de aquellos días.

Sería interminable el seguir enumerando la actuación de nuestro comisario en la División; por ello, doy un salto a Aragón; aquí Santiago ha demostrado una vez más su capacidad como comisario durante el combate y en los momentos de descanso y reorganización en los pueblos de la retaguardia; ahí están docenas de mítins, fiestas, actos de confraternización con otras unidades del Ejército Popular.

Santiago Álvarez deja de ser el comisario de la 11 División, pero en el corazón de los combatientes, sin distinción de graduaciones ni ideologías, vivirá siempre el hombre alegre, optimista, padre y profesor que hasta hoy ha sido el comisario de todos los combatientes de la 11 División.

ENRIQUE LISTER



LOS ULTIMOS MOMENTOS DE SANTIAGO ALVAREZ CON LOS HOMBRES DE LA 11 DIVISION

observación. Allí estaba Enrique Lister, el jefe de la División; allí estaba José Fusimafia, el nuevo comisario. Y también estaba allí Santiago.

Ni un solo instante abandonó el observatorio. Siempre pendiente de los comunicados de las Brigadas; siempre atento a la menor incidencia de la lucha. Porque Santiago era un combatiente más de la 11 División y, como toda ella, tenía sus mismas ansias, sus mismas inquietudes.

Se avanzaba, y Santiago tenía la alegría infinita del soldado que ve el fruto de su heroísmo y de sus esfuerzos. Se sufría el menor contratiempo, y Santiago, como viejo combatiente de Villaverde y de Cerro Rojo, del Sur del Tajo y de Guadalajara, se sentía invadido por la ira y por la rabia contra el invasor, anhelando poder multiplicarse y darle a los traidores el golpe de gracia.

Y Teruel cayó, después de varios días de inútil resistencia, en poder de los gloriosos soldados de España. Las fortificaciones del fascio no pudieron nada contra el incoercible deseo de vencer que albergaban los pechos populares. Sobre las torres de las iglesias y demás reductos de la traición ondeó por primera vez en diez y ocho meses la enseña tricolor de la República democrática, símbolo del amor y de la justicia...

S P A A K

El Gobierno de la República, fiel a los principios de humanidad en que ha basado desde el comienzo de la guerra su intervención obligada en esta lucha de independencia, expuso hace unos días su decisión solemne de retirar de la contienda el procedimiento de bombardear las poblaciones abiertas y las ciudades alejadas del frente. Esta decisión ha sido acogida en toda la Europa democrática con singular beneplácito y ha llegado por mediación de nuestros embajadores al seno de la Cámara de los Comunes. Francia e Inglaterra, especialmente, hacen pre-



sión junto a los demás Estados extranjeros para que la proposición en este sentido del Gobierno de la República sea llevada a feliz cumplimiento rápidamente. En el Parlamento belga, un conglomerado de las más opuestas ideologías políticas coincidió en la aprobación del acuerdo franco-británico, aún en vís de estabilización, motivado por la nota del ministro de Defensa Nacional. Spaak ha sido el más abierto defensor de la aprobación de su Parlamento belga, aprobación que comunicó rápidamente a la Cámara de los Comunes.

Es lo más indicado esperar que se adopte en ella y se imponga en la España rebelde y extranjera esta medida, encaminada a respetar las vidas de las mujeres y de los niños. Entre tanto la República ha dado orden de suspender inmediatamente toda actividad aérea tendiente a vengar en las ciudades enemigas las criminales agresiones fascistas.

La noticia se comunicó a los hombres que abajo, en las trincheras, contenían los esfuerzos del enemigo, que pretendían avanzar desde Caudet:

—¡Teruel ha caído! ¡Teruel es ya nuestro!

Y Santiago, inundado de legítimo gozo, entonces con Lister, con Fusimafia, con los soldados todos de la 11 División, viejas canciones guerreras, salidas de la entraña del pueblo antifascista.

JIBARO



La II División ha sido una de las unidades que más se ha vinculado a los trabajadores de la retaguardia. Lister y Santiago recorren las calles de una población aragonesa.

Los muchachos del Batallón Gallego sienten la marcha de su mejor maestro y amigo

Pocos hay que no hayan sentido dentro de sí, más de una vez, el ramalazo de ardor combativo que seguía a las palabras vibrantes y alentadoras de Santiago, cuando el peso de las horas graves caía en las trincheras sobre el ánimo de nuestros combatientes para deprimir su moral y relajar su ardimiento.

Convivir con los combatientes, alternar con ellos, soportar sus mismas privaciones y experimentar sus mismas inquietudes, son cosas que no se olvidan tan fácilmente, porque dejan tras sí una estela de bellos recuerdos y un motivo de edificación.

Pasaba frente a la Comandancia del Cuarto Batallón. En la puerta, cuatro o cinco muchachos discutían acaloradamente al parecer. Hablaban en lenguaje gallego. De pronto, uno de ellos se separa del grupo, se encara conmigo y me dice:

—Oyeme. Tú lo sabrás mejor que nosotros: ¿Es verdad que Santiago se va de la División?

Mi respuesta presumible, puesto que era la única que podía dar, acalló la discusión. Les dije:

—Vosotros mismos me contaréis algo referente a Santiago. ¿Quién quiere empezar? Sólo dos cosas.

Domingo Zaragoza Fernández se pasó a nuestras filas en la Ciudad Universitaria el día 12 de mayo del pasado año. Oriundo de Coruña, fué agregado al Batallón Gallego:

—Yo—empieza diciendo—me hice amigo del capitán José García, y con él pasé los primeros días de mi arribo al terreno leal. Claro está, a mí me resultaba poco menos que enigmática la graduación de los jefes de nuestro Ejército, y si bien aprendí pronto que la de mi amigo García correspondía a la que en el Ejército fascista pertenece a un capitán, no acababa de hacerme suposiciones y cábalas cuando un buen día me fijé en la gorra de Santiago Alvarez. El

capitán García había acudido a Santiago para cierta consulta, y yo, al ver la familiaridad con que le trataba, supuse que nuestro comisario era algún subordinado del capitán. En consecuencia, y contagiado por ese ambiente de camaradería que hoy existe entre superiores y soldados, y que hasta entonces jamás había visto en el campo enemigo, me acerqué a Santiago Alvarez, y con unas ruidosas palmaditas en la espalda, le saludé: «¿Qué hay, camarada? ¿Cómo estás?» Natural, sonriente y sin mostrar extrañeza alguna por mi intempestiva actitud, se volvió hacia mí, me ofreció su mano y me animó a entrar en el diálogo que iban a empezar. Yo, por supuesto, ignorante de todo, hablé más que los dos juntos, y cuando me cansé, me retiré tranquilamente con mi amigo. Poco días después, un motivo puramente casual me dió la oportunidad de conocer la verdadera graduación de aquella C aprisionada entre dos barritas estrechas. He recordado muchas veces este incidente, y no acabo de comprender todavía cómo el que entonces era ya comisario de la División me trató con tanta afabilidad y con tanta modestia. En el Ejército fascista, mi inconsciente familiaridad habría acabado inevitablemente en el calabozo.

Iniciada la sublevación fascista, tres intrépidos muchachos,

arriesgando peligros y soslayando inconvenientes, se presentaron en el ministerio de Marina para ponerse a las órdenes del Gobierno de la República.

el calabozo; la falta cometida era grave, y el castigo habría de guardar relación con la falta. Defilaron por el calabozo todos los jefes y oficiales del Batallón, esgrimiendo cada



Santiago Alvarez interroga, en el frente de Brunete, a un comandante y un teniente de artillería fascistas, hechos prisioneros por nuestras tropas.

—Eramos tres—comienza a contarme Manuel Santiso, un muchacho tan optimista como pequeño de estatura—: Manuel Renda, Avelino Rivas y yo. El ministerio de Marina nos envió al frente de Villaverde, y en él, el Batallón Gallego, nosotros pedimos y conseguimos ser agregados a él. Pasado algún tiempo, incurrimos juntos, es triste confesarlo, en grave falta de desobediencia. La imparcialidad de los jefes, gallegos como nosotros, y su severidad en punto a faltas de disciplina, no reparó en que se trataba de tres paisanos y nos metió en

uno las razones más convincentes para hacernos ver lo improcedente de nuestra conducta. Todo fué inútil. Una obcecación extraña impedía que nuestro cerebro discurriera lúcidamente. Hasta que un día llegó al calabozo Santiago Alvarez. Sin palabras represivas, antes ofreciéndonos sincera amistad, y en términos claros y conmovedores, nos hizo ver nuestra falta y consiguió que fuéramos junto al jefe a pedirle perdón. Pocos días después éramos los tres puestos en libertad.

ZARDE



Valentín González, «el Campesino»; Santiago Alvarez y el comandante Pando en el pueblo alcarreño de Triunfo, después de la victoria sobre las fuerzas italianas invasoras.

UNA VIDA CONSAGRADA AL SERVICIO DEL PUEBLO



Un momento de las operaciones en Mediana. Santiago, con el comandante Rivas y el comisario Ramírez, observa el desplazamiento de nuestras tropas.

De obrero del campo a comisario de Guerra de la gloriosa 11 División



Con el camarada Barcia, comisario de la Novena Brigada, Santiago Álvarez presencia el desarrollo de las operaciones en uno de los frentes de Aragón.

EN LA U. C. T.

Santiago era el secretario de la U. C. T. de Villamartin de Valdeorras; fue el organizador de todos los Sindicatos de Trabajadores de la Tierra, tanto de la U. C. T. como del Partido Comunista. Los mítines de orientación política de las clases trabajadoras eran, en su mayoría, organizados por él.

Los patronos le temían, pues sabían que su palabra trazaba de manera sencilla, pero clara, el camino a seguir por los trabajadores del campo de Galicia, que fueron siempre vilmente explotados por las castas feudales del cacique y el señorito.

EN OCTUBRE

Durante la revolución de octubre organizó la resistencia armada contra las fuerzas del Gobierno radicalista, obstaculizando el paso por la carretera a un batallón que venía de Orense, enviado por las autoridades militares, y que se dirigía a Villamartin. Más tarde estuvo preso por haber participado en dicho movimiento.

EN EL 16 DE FEBRERO

En las elecciones del 16 de febrero se destacó por el intenso trabajo realizado en favor de nuestro triunfo, participando en mítines y otros actos políticos importantes. No obstante haber triunfado el Frente Popular, el Ayuntamiento de Villamartin continuó algunos días en poder

de las derechas, que se negaban a salir de él. Entonces, ante la obstinación de los reaccionarios, Santiago Álvarez convocó a todos los trabajadores pertene-

gir a las derechas la entrega del Ayuntamiento.

Conseguido esto, Santiago fue elegido teniente de alcalde, puesto que desempeñó como era de

sublevación de los militares traidores durante su estancia en la capital de la República.

En el cuartel de Juan Montalvo, un puñado de gallegos, resi-

política y sindical se le pidió que enviara un delegado que reconociera a las Milicias Populares.

Uno de estos delegados era el camarada Santiago, que, junto con los demás enviados, revisaba la documentación de cada uno de los milicianos, con el objeto de garantizar la solvencia política de cada uno de ellos.

COMO COMISARIO

Cuando comenzó la ofensiva facciosa por Seseña, el camarada Santiago actuaba ya como comisario del Batallón Callego, hoy Cuarto Batallón de la Primera Brigada de nuestra División. Encuadrado en el Quinto Regimiento, fue comisario del Batallón Callego hasta las operaciones del Cerro Rojo, donde, al caer herido el camarada Puente, pasó a ser comisario de la Primera Brigada Mixta. Ya en el sector de Villaverde, los delegados políticos asistían al camarada Santiago en su obra de formación de los que más tarde habían de ser heroicos soldados del Ejército Popular.

Santiago ha sido un hombre consecuente con los ideales de liberación y justicia para los trabajadores, para todos los demócratas de su tierra. Tenía que ser así, puesto que había sido obrero del campo y había experimentado, como éstos, todas las miserias de la vida en el agro galaico.

R. G. M.



Recordando su época de obrero agrícola, Santiago ayuda a segar el trigo a los campesinos castellanos.

cientes a organizaciones del Frente Popular de la comarca, y todos juntos en masa, se dirigieron a Villamartin para exi-

esperar, pues hizo que los peñones acataran, si bien de mala gana, las bases de trabajo que garantizaban el mejoramiento del estado de la clase obrera y campesina, con lo que no sólo los trabajadores de Villamartin, sino los de toda la comarca, vieron al fin remediadas en lo posible sus necesidades más perentorias. La reacción, que no podía ver esta labor sin exteriorizar su protesta, envió contra los trabajadores a la guardia civil, entablándose un tiroteo, del que salieron heridos algunos miembros de la funesta institución monárquica.

EN LA GUERRA

Una vez triunfante el Frente Popular en las elecciones de febrero, y desempeñando el cargo de teniente de alcalde, Santiago vino a Madrid como representante de la provincia de Orense para asistir a una Conferencia del Partido Comunista, del cual es miembro, sorprendiéndole la

dientes en Madrid, se habían reunido con el fin de constituir un batallón integrado por hijos de aquel país. A cada organización



Antes de salir para el frente de Mediana, la palabra cálida y vibrante de Santiago aumenta el deseo de combatir de nuestros soldados. Santiago les explica la importancia de la operación que se va a efectuar.



Un escuadrón acompaña a Santiago y a otros jefes en Trigueque. Como éste hubo muchos escuadros. Santiago comprendió desde el primer momento la importancia de la propaganda en las filas enemigas.

BRUNETE Y TERUEL

Dos victorias o el comisario forjador de la moral de una División ejemplar, al servicio del pueblo español



—Brunete fue, para millares de moros y extranjeros, una macabra e inmensa tumba al aire libre. Allí se ventilaban batallas rudísimas en las que fue puesta a prueba la capacidad de resistencia de nuestros hombres. El peso moral de un ataque, de una operación, recae siempre sobre la responsabilidad del comisario. Ardua tarea es para él predisponer el espíritu de combatividad de sus soldados a los más peligrosos combates.

Me está hablando un camarada que conoció toda la actuación de Santiago Álvarez en aquella gloriosa campaña.

—No vi jamás un comisario con tan poco apego a su vida. Allí donde su presencia era necesaria, acudía siempre dispuesto a tomar la iniciativa de cualquier ataque.

—Yo le vi una vez—tercia en la conversación otro camarada—bajar a la trinchera en pleno fragor de combate y repartir entre los soldados su peluca de cigarros y su cantimplora de café.

—Recorría constantemente las filas animando a todos y metiendo su optimismo en el espíritu de nuestros compañeros.

—Más de una vez sintió silbar las balas enemigas a dos centímetros de su cabeza. Milagroso se me antoja que no le hayan matado.

—Siempre que él llegaba hasta nosotros, nuestra fe en la victoria, nuestro ardimiento, nuestro coraje, cobraban nuevos impulsos. Y aun los que comprendíamos que su vida obedecía a motivos de verdadero peligro, olvidábamos esta consideración en cuanto veíamos su rostro animado, y rebosando fe y confianza inquebrantables.

—Si sólo merced a su presencia en los parapetos han podido evitarse serias derrotas y conseguirse notables triunfos.

—No sé qué haríamos a la hora de los más duros peligros sin el comisario.

—Santiago Álvarez desplegó en Brunete una labor incansable y agotadora, pegado constantemente al auricular del teléfono. Cuántas ór-

denes, cuántos consejos, cuántas palabras de aliento salieron aquellos días de sus labios.

—Yo siento mucho que se vaya de la División. Nos hemos acostumbrado demasiado a su carácter afable y sencillo.

Estas sentidas palabras son aprobadas por su compañero con

los soldados a actuar en los momentos de mayor peligro, con un heroísmo sobrehumano, es labor que sólo puede hacerlo un comisario.

Santiago Álvarez, al que nosotros consideramos como modelo en su cargo, lo ha logrado cuantas veces ha sido preciso derrostar al enemigo. En Cerro Rojo, en Bru-

dos del enemigo, que operaba cada día con fuerzas nuevas, y cada vez con material de guerra recién traído, no son el precedente más indicado para hacer milagros de sobrehumanidad frente a un enemigo que se dispone furiosamente a abrirse paso a costa de las vidas que sean.

Y, entrante, el estruendo de la metralla, no sólo no decrecía sino que aumentaba. Sobraba en el pecho de nuestros soldados moral. Pero, ¿y el cuerpo? ¿Hasta dónde podría dar de sí?

Decididamente allí a falta de fuerzas nuevas o un relevo total, urgía un comisario. Las posiciones podían perderse de un momento a otro. Las bajas cada vez se hacían más frecuentes. La desproporción numérica de los atacantes y nuestros héroes era cada vez mayor.

Santiago Álvarez, con Fusimafia, acudió al lugar del peligro. Sorteando un bosque horizontal de bajas enemigas, llegó hasta nuestras líneas. Pero cuando se disponía a animar con palabras calurosas a sus soldados, éstos ya habían sentido en sus venas un nuevo ramalazo de aliento, una nueva sacudida de entusiasmo, un nuevo soplo de encendido calor.

—Camaradas: no, ¡no! No... pueden pasar por aquí! Nosotros se lo

impediremos. Nosotros todos los haremos morder el polvo de la derrota. ¡Muchachos, a ellos! Cantemos «La Internacional». Yo estoy con vosotros.

No hubo ya pechos más exacerbados que los de aquellos valientes. Fieros, enfurecidos y como locos, se entregaron a un disparar frenético. El fuego de sus armas caía sobre el enemigo como exhalación fatal, que aniquila cuanto encuentra a su paso.

Santiago Álvarez, enloquecido con voz estentórea «La Internacional», se mezclaba entre sus hombres como un combatiente más y disparaba su pistola contra los atacantes. Aquello resultaba un cuadro de la más solemne exaltación.

Había porfía en cada pecho por no ser el último en arrojar sobre el enemigo más bombas de mano.

Orinar sobre el refrigerador de las ametralladoras para atenuar el ardor de sus cañones, era cosa que podía observarse al mismo tiempo en todos los procederes de este arma.

Y cuando Santiago Álvarez, restablecida ya la calma y alejado el peligro, abandonaba las trincheras para volverse con Fusimafia al Estado Mayor, un comisario de batallón oyó comentar a unos soldados reclusos:

—¿No habéis visto a ese, camaradas? ¿Qué tío! Yo creía que los comisarios de División no se acercaban a las trincheras para jugar así la vida.



Fuerzas de la 11 División realizan movimientos sobre el pueblo de Brunete. Santiago Álvarez observa, con los jefes, el desplazamiento de los soldados.

un movimiento elegante de su cabeza.

Son ellos mismos, nuestros propios soldados, quienes lo dicen:

—¿Qué haríamos a la hora de los más duros peligros sin un comisario?

Como un soldado más

Se ha dicho infinidad de veces que el comisario es o ha llegado a hacerse el alma del Ejército. ¿Quién lo duda? Predisponer la moral de

nele, en Aragón y últimamente en Teruel, todos hemos palpado los resultados que se desprenden de tener por comandante jefe de la moral del combatiente a un comisario todo amistad, todo consejo, todo apoyo, aliento y ejemplo de sus soldados.

Fué el día 29 de diciembre. Un amanecer de sol, pero helado. El enemigo daba señales de inquietud. Evolucionaba en su propio campo con nervosismo. Allí se maquinaba algo, algo que para él debía, acaso, ser definitivo. Una espantosa preparación artillera fué el estallido de su impaciencia. En tromba mortal, caían sobre nuestras trincheras verdaderas avalanchas de metralla ardiente. Cañones, morteros, tanques, ametralladoras, fusiles: todos escupieron contra nuestros soldados la carga terrible de sus vientos. Habíanse coligado en feroz acuerdo, para ensayar en nuestras filas la mayor mortandad posible. Nuestros valientes, con un haber en la lista de sus sacrificios de quince días de nieve, frío y combates terribles, aguantaron estoicamente aquel espantoso vendaval de hierro, plomo y fuego. Un cuarto de hora hacía que el enemigo sostenía aquella enloquecida explosión de los elementos bélicos de su Ejército.

Pero aquella tromba de metralla, desatada furiosamente contra ellos, duraba ya demasiado. Cada cual confiaba en sus propias energías, pero tenía por la resistencia física del que tenía al lado. Tres noches sin dormir, y en un constante rechazar los ataques repeli-



En el frente de Brunete, Santiago Álvarez no se separó un instante de nuestros mandos militares, contribuyendo entre ambos a forjar la gran victoria que marcó en el Centro el comienzo de la ofensiva republicana.



Santiago, Lister y el comisario Fusimafia siguen atentamente los movimientos del enemigo en los frentes de Teruel.



El comandante Cacho, jefe de nuestra Primera Brigada, saluda a Santiago Alvarez y le desea nuevos triunfos en el puesto que por orden del Gobierno de la República pasa a desempeñar.

Al empezar a meditar para escribir estas líneas viene a mi memoria días de fervor revolucionario, de exaltación a la lucha por la defensa de un pueblo.

Se dibujan en mi memoria las trincheras y alambradas que circundan la heroica capital de la España republicana desde los fríos picos de la Sierra, pasando por El Pardo, Brunete, Villaverde y Jarama, hasta llegar a Guadalajara. Veo en cada uno de los momentos más emocionantes de mi vida, vividos en estos frentes, en estas trincheras, desde donde se defendía y se defendía la capital del mundo antifascista, la figura gigante de un hombre que cuanto con más furia vomitaba metralla el enemigo, más se aproximaba a los combatientes para animarlos, para darles consejos, aliento y valor, para soportar los momentos duros de la lucha.

En los días de más peligro para Madrid, cuando la jauría de moros, italianos y alemanes intentaba cercar por completo al pueblo y a los combatientes madrileños y cruzaron el Jarama, en los momentos más cri-



«Al lado de nuestro jefe, Lister, supe conducir a la 11 División por el camino de las grandes victorias, escribiendo las páginas más brillantes de la historia de la defensa de Madrid y de la libertad e independencia del pueblo español.» Sevill.

Los jefes y comisarios de las tres Brigadas se despiden de Santiago

ticos en los combates más duros, en los momentos más aciagos, el comisario de la 11 División, Santiago Alvarez, empuñando su pistola, marchaba delante de sus hombres a parar la avalancha de asesinos de nuestro pueblo que encontraron allí su tumba después.

Tú has sido, camarada Santiago, el que has encendido en nuestros combatientes el espíritu revolucionario, el amor a la causa que defendemos, la confianza y la fe en nuestra victoria, el principal forjador de nuestras conciencias.

Tu último período de lucha por la libertad del pueblo español va íntimamente ligado al sentir de todos los combatientes de nuestra División.

Tú, al lado de nuestro jefe, Lister, supiste conducir la 11 División por el camino de las grandes victorias, escribiendo las páginas más brillantes de la historia de la defensa de Madrid y de la libertad e independencia del pueblo español.

En estos momentos que, obedeciendo órdenes de nuestro Gobierno de Frente Popular, te alejas de nuestro lado para incorporarte a otras unidades de nuestro Ejército, te saludamos y deseamos que encuentres fieles colaboradores como nosotros y una estancia grata donde vayas a cumplir la alta misión que se te ha confiado, al mismo tiempo que te prometemos que tus formas de trabajo, tus consejos, tus enseñanzas, tus lecciones revolucionarias, perdurarán en nuestro recuerdo, que la obra que tú estabas construyendo será continuada por nosotros para bien de nuestra División, del Ejército Popular, del pueblo antifascista y trabajador español y de la República española.

Salud, camarada Santiago.

SEVILL

Comisario de la Primera Brigada

Conjuntamente contigo he luchado durante veinte meses. Tú, primeramente, como comisario del Batallón Gallego, y después, como comisario de la 11 División, y yo en el Tercero de la misma Brigada. Tus enseñanzas y experiencias en el trabajo son las que a mí me han completado en el mío; a ti te debo yo la mayor parte, y con esa experiencia marcharé hasta el triunfo de nuestras armas sobre el invasor.

Con un verdadero sentimiento



Joaquín Rodríguez, comandante jefe de la Novena Brigada, interpretando el sentir de los combatientes que dirige, se despiden, en su nombre y en el propio, de Santiago y le desea los mismos éxitos que los obtenidos en su nuevo cargo.

siento tu ausencia de nuestra División, pero ante todo somos antifascistas deseosos de ganar la guerra, y para ello ponemos todo cuanto podemos, marchando donde sea preciso y donde nuestro Gobierno lo crea más conveniente. Hoy fuiste tú



«Con un verdadero sentimiento siento tu ausencia de nuestra División, pero ante todo somos antifascistas deseosos de ganar la guerra, y para ello ponemos todo cuanto podemos, marchando donde sea preciso y donde nuestro Gobierno lo crea más conveniente.»—A. Barcia

el trasladado a otra unidad del Ejército Popular, donde de ti todos los que te conocemos esperamos una mayor duplicidad del trabajo, como tú lo puedes esperar de este que queda con tus enseñanzas.

A. BARCIA

Comisario de la Novena Brigada

En cientos de combates he participado al lado de ti. Quiero recordarte algunos hechos que llegan a mi memoria, ante el sentimiento de tu ausencia. Guadalajara. Allí me decías, junto a otros camaradas: «Hemos tomado Trijueque; me marcho a ver cómo ha quedado. Creo que hay muchos detenidos; mucho material que ha cogido la Novena Brigada. Acompañame.»

Los obuses, que nos batían la carretera, no fueron motivo para pensar, ni un momento, en el peligro. La alta moral y la alegría que nos embargaba por esta gran victoria sobre los italianos, era indescriptible. Los últimos reductos fascistas fueron convertidos a la impotencia a nuestra propia presencia. Dos bombas de mano recuerdo que lanzastes sobre una cueva, donde un grupo de soldados se resistía desesperadamente, y que, una vez sometidos, te acercastes a ellos como a un camarada, como a un compañero, para interrogarles del motivo de su presencia en España. Las órdenes que a este respecto nos distes, y que siempre hemos llevado a la práctica, las recuerdo perfectamente: «Todos los detenidos deben ser respetados.» Y así, los cientos y cientos de prisioneros que han pasado ante ti recordarán las frases y el trato de cordialidad que siempre les distes.

A tu lado, en el Sur de Toledo, en el Garabitas, en Guadalajara, en Brunete, en Jarama, en Cerro Rojo, en Fuentes de Ebro, Quinto, la consigna del Comisariado estuvo siempre: «El primero en avanzar: el último en retroceder.» Tú también has patentizado con la realidad esta histórica frase, pese a las innumerables ocasiones que fuistes requerido para prevenirte del peligro, que jamás hizo mella en ti.

También recuerdo, en los últimos combates que hemos sostenido contra el fascismo, que al terminar de darte las últimas instrucciones con respecto a éstos, te metistes en un tanque, al que hicistes rebasar, en más de dos kilómetros, las líneas



El comandante Luis de Rivas, jefe de la 100 Brigada Mixta, saluda a Santiago, despidiéndole en nombre de los combatientes de la unidad que dirige.

enemigas para cerciorarte de la situación de éstas, y que el jefe de nuestra División hubo de dar órdenes severas para que te buscaran y evitar la exposición que tuvieras de tu vida, tan preciosa para todos nosotros y para la causa del pueblo español.

Tú has sabido ser un soldado, un comisario, un hermano, para todos los soldados que fueron y con los que prometieron y prometen seguir tu camino.

Tú señalas a los campesinos, a los obreros, a los soldados, las bases que permiten ocupar cargos como el que tú has ocupado y ocupas. Ayer eras campesino que arabas los campos gallegos. Hoy, el comisario, brazo y nervio de nuestras unidades militares. El Gobierno del Frente Popular te traslada a otra unidad, y tú, como todos nosotros, somos la voluntad y los ejecutores de sus órdenes, dando así, con este motivo, una prueba más, que, junta con las anteriores, hagan sentir a todos la disciplina, base de nuestro triunfo.

ANDRES RAMIREZ

Comisario de la 100 Brigada



El camarada Ramirez, comisario de la 100 Brigada, se despiden de Santiago con estas palabras: «Tú has sabido ser un soldado, un comisario, un hermano para todos los soldados que fueron y son los que prometieron y prometen seguir tu camino.»

SALUD, CAMARADA SANTIAGO

Una fiebre de pueblo te eleva y te sostiene como un trozo perenne de tierra prolongada; te penetra en la sangre, te la enciende, va y viene centigo de tu frente a tu pisada.

Pepuloso de sombras y de luces, se extiende, atraviesa tu carne igual que la madera un cálido murmullo de selva en primavera. Salta la tierra, asciende alegre a ti la verde sementera con la raíz fecunda que la enciende.

Yo no sé si tu planta clava sobre la tierra su desvelo, o que amoroso el suelo como espiga de carne te levanta.

¡Libertador viril de la cadena! Tu figura avocina

la mañana estival de la colmena; ese dolor decreto de la mina... el destierro incesante de la arena, la majestad inquieta de la encina.

Aquí vives, Santiago. Tú te has hecho abriendo el corazón diariamente entre un clamor de balas y un silencio de fosa: como el arado torna ubérrimo el barbecho —flexible junto al borde del torrente—, creciento como crece el tallo con la rosa.

Saltó la piedra, pero queda el muro al aire. Palpitante de futuro se yergue con impulso de montaña ecuada: Un bosque de fusiles da tu nombre y lo sella todo el fuego sagrado que aviva tu partida; te sigue, ensancha el tajo profundo de tu huella. Si un corazón te vive, diez mil viven tu vida.

Jamás, jamás la nube pudo borrar la estrella.

Nació, nació se aleja cuando a su espalda una vida deja y al suelo da calor de húmeda estancia. Si impacientes tu vida esperan otros tu corazón aquí queda en nosotros.

Sólo los corazones señalan la distancia.

JUAN PAREDES

La Redacción de PASAREMOS se despide de Santiago Alvarez y le desea en su nuevo cargo los mismos éxitos que ha tenido en su formidable trabajo entre nosotros. Al mismo tiempo saludamos al nuevo comisario, Fusimaña.

LISTER, SANTIAGO Y JESUS HERNANDEZ



Lister, Santiago y el Ministro de Instrucción Pública, camarada Jesús Hernández, cambiando impresiones durante la estancia de nuestra División en retaguardia.

Los doscientos prisioneros de Cerro Rojo

Aquella mañana debía iniciarse la operación. Empezaba el escarabajo: arrebatar al enemigo Cerro Rojo, convertido, en fortaleza poco menos que inexpugnable. No se olvidó la maestría con que los rebeldes acostumbraban a fortificar los puntos estratégicos. Sólo un esfuerzo sobrehumano de valor sin límites podía efectuar la proeza de acercarse hasta las faldas del ex Cerro de los Angeles. Nuestros soldados, con una moral asombrosa, se lanzaron al combate en unas ansias desmedidas de arrebatarle al enemigo muchos palmos de terreno. Santiago Alvarez habló a nuestros hombres antes de dejarlos ir a la pelea:

«Camaradas: Sois los más y los mejores. El enemigo cederá a vuestro arrollador empuje. Hay que

arrebatarle de las manos Cerro Rojo. Vosotros sois capaces de esta proeza. Lister tiene puestas en vosotros sus esperanzas. Todo Madrid está pendiente de vuestro arrojo. Adelante por la victoria. Ni un paso atrás en vuestra invencible marcha.

«Viva la causa del pueblo! ¡Viva la República!»

Aquella arenga fué una inyección

guindos se hizo empresa arriesgadísima decidirse al asalto de la montaña. Los de la cabeza tiraban con saña, dispuestos a impedir por todos los medios el acceso de nuestros muchachos.

La situación, nadie como el comisario para resolverla. Santiago Alvarez comprendió que su presencia urgía en el Cerro. Los jefes militares se opusieron a dejarle mar-



El comisario Santiago, el Teniente Coronel Lister y el General Walter comentan las operaciones desarrolladas en el frente de Belchite.

de entusiasmo exaltado. Los soldados vitoreaban a Lister y a Santiago Alvarez. «¡A Cerro Rojo, a Cerro Rojo!» —gritaban—. ¡Con dos jefes como los nuestros, al fin del mundo!

Poco les costó a nuestros hombres barrer de enemigos la inmensa planicie que se extiende desde Villaverde al Cerro.

Llegaron hasta la falda de la colina. La rapidez de la marcha no había dado tiempo a los rebeldes para organizar el contraataque. Hubieron de precipitarse a una defensiva despavorida y violenta. El calor de la sorpresa puso aliento en sus venas, y dispararon sus armas contra los nuestros. En pocos se-

char. El peligro era grande y podía perder, en aquella temeridad, la vida. Santiago tuvo, para salir airoso en su decisión, que recordar a todos sus deberes de comisario. Fue fuerza dejarle partir.

«Muchachos: ¡Seréis capaces de no penetrar hasta los reducidos de esos canallas? ¡Por nuestros hermanos, por nuestras mujeres y nuestros hijos! ¡Por España, libere y feliz! ¡Todos arriba! ¡Todos a basten desde el alto!

En varios segundos, los primeros soldados habían penetrado en los reducidos fascistas. Santiago Alvarez subió a la cabeza de ellos.

Aquella victoria resonó en todo Madrid durante mucho tiempo.



Santiago Alvarez dirigiendo la palabra a los soldados de la 11 División. Detrás de él aparecen el General Miaja y el Teniente Coronel Lister.

Miserables fascistas: ¿todavía no tenéis bastante? La 11 División se prepara para haceros morder otra vez el polvo

PASAREMOS

El fascismo es traidor a la patria; quiere entregar el pueblo español a los banqueros alemanes e italianos

Un digno sustituto de Santiago Álvarez

FUSIMAÑA



Marcha el camarada Santiago Álvarez, y lo hace con el cariño de todos los mandos y soldados de esta División, que han visto siempre en él, más que un mando y un superior, al amigo y camarada que en todos los momentos ha sabido demostrar su valor y ser fiel intérprete de las consignas y órdenes que se han dado. Yo saludo en él al amigo y siento su marcha, como un camarada más de esta División que haya compartido con él todas las horas de lucha y de peligro, y manifiesto ser un ferviente continuador de su obra para premiar y poner de relieve así lo que tiene de bueno la misma.

Por orden superior, destinado por el Comisario general, he venido yo a reemplazarle en la gran tarea que él desempeñaba en el Comisariado de la División. Para nadie es un secreto la gigantesca labor que él realizaba; pero ésta se comprende mucho más cuando se ha trabajado conjuntamente con él, como yo lo he hecho en las operaciones de Teruel.

Ser un buen comisario. Un comisario digno de la 11 División, de su historial, de sus jefes y combatientes, no es fácil. La División triunfadora en Cerro Rojo, en Guadalajara, Brunete, Belchite, Teruel, etcétera, etc., necesita un comisario excepcional.

Al ser destinado, pues, como comisario de la 11 División me llena de satisfacción y orgullo antifascista; pero es también una gran responsabilidad.

Continuar la labor emprendida por el camarada Santiago, procurar en todo momento ser el comisario que necesita nuestra División, trabajar incansablemente poniendo mi inteligencia y voluntad para que la División continúe el camino emprendido, de la División combativa, audaz y heroica, la unidad militar en que el



Santiago se ha ido. Fusimaña tiene capacidad suficiente para continuar la obra por él iniciada.

pueblo español ha depositado grandes esperanzas y cariño, y que ésta ha correspondido, están encaminados todos mis esfuerzos.

El acogimiento cordial que me han hecho todos los mandos políticos y militares de la División, como asimismo los soldados, me animan a ello, y espero con mi actuación ser digno del cariño de todos los combatientes de la misma.

Ser un comisario digno de la 11 División, un colaborador eficaz de nuestro gran jefe, Lister, que todos los combatientes vean en mí al compañero de lucha que se apresura a dar cuanto vale y puede para defender la libertad e independencia del pueblo español, y en merecer su confianza y cariño, estarán encaminados mis deseos.

Cumplir con mi deber de antifascista, de comisario, es la mejor promesa que puedo hacer a Santiago, el 'comisario ejemplar'.

J. Fusimaña



¡Combatientes!

Ha dejado de ser comisario de la 11 División el camarada Santiago Álvarez, que desde un principio ha actuado con ella; el que la forjó políticamente, el que en todo momento y lugar supo ser digno compañero de Lister y conjuntamente forjaron esta unidad de acero, gloria de nuestro Ejército Popular. Por orden del

Comisario general del Gobierno del Frente Popular, pasa el camarada Santiago Álvarez a otra unidad del Ejército, donde el Gobierno estima necesarios sus servicios como comisario, que tan bien ha sabido interpretar el alto papel que nuestro Cuerpo tiene asignado en nuestra guerra de independencia.

ANDANZAS DE VENECIANO, -- UN SOLDADO VETERANO (4)

Veneciano se ha despedido del Comisario querido.



Está el hombre pensativo y con fundado motivo.

De su tristeza la causa es que Santiago se marcha.

Por su disgusto se inflama lo que al comisario quiere

Le promete al despedirse como hasta ahora batirse.

Ayuntamiento de Madrid